

ÉGLOGAS

TRADUCCION DE

D. FÉLIX M. HIDALGO.

ÉGLOGA PRIMERA.

TITIRO Y MELIBEO.

MELIBEO.

Tú aquí so el haya, oh Titiro, coposa
Estás tendido, y sigues ensayando
El són de tu zampoña melodiosa.

Nosotros, esta tierra abandoñando,
Y aquestos campos y este cielo hermoso,
De la patria nos vamos alejando.

Tú á la hermosa Amarili estás ocioso
A la sombra cantando en la espesura,
Y Amarillis resuena el bosque hojoso.

TITIRO.

Un dios me ha concedido aquesta holgura;
Que miraré cual dios eternamente
Al piadoso que debo esta ventura.

De mis caros apriscos muy frecuente
Ha de bañar la sangre de un cordero
Sus aras en ofrenda reverente:

Que si mis hatos ves por el otero,

Y á mí tocar la flauta por do quiera,
 Todo es un don del dios que yo venero.

MELIBEO.

Ménos tu suerte envidio placentera,
 Que me admiro, en el caso desastroso
 De nuestro campo, estés de esa manera.

Héme enfermo ir siguiendo congojoso
 Mis cabrillas, que alejo con premura,
 Y ésta en hombros conduzco fatigoso,
 Que malparió ora poco en la espesura
 De aquellos avellanos dos gemelos,
 Y los dejó sobre una peña dura.

¡Ay me! ¡Cuán infelice, si los cielos
 Me quitan la esperanza del ganado,
 La sola recompensa á mis desvelos!

¡Ciego de mí! Tan triste y duro hado
 La encina de los rayos encendida
 Nos lo habia bien ántes anunciado.

La siniestra corneja en repetida
 Voz lo dijo tambien. Mas las señales
 De ese dios ora dáme por tu vida.

TITIRO.

Cual de nuestra ciudad do los primales
 Llevamos á vender pensé engañado
 De esa que dicen Roma, y juzgué iguales.

Que á conocer por siempre acostumbrado
 Que á la oveja el cordero semejaba,
 Y el cachorro al mastin de mi ganado;

De ese modo en mi mente imaginaba
 Que fuese á Roma Mantua en la grandeza,
 Y lo poco á lo mucho comparaba.

Pero Roma levanta su cabeza
 Sobre las otras, cual cipres altivo
 Sobre la débil mimbre en la maleza.

MELIBEO.

¿Y cuál de ver tú á Roma fué el motivo?

TITIRO.

La libertad. Que al fin, aunque tardía,
 Volvió hácia mí su rostro compasivo;

Y despertando la pereza mia
 Logréla conocer, cuando ya cana
 La barba al afeitarme me caía;

Y despues que entregado á la lozana
 Tierna Amarilis, Galatea me huyera,
 Y libre fuí de su opresion tirana.

Pues en verdad, que miéntras que yo fuera
 De Galatea, ni el caudal cuidaba,
 Ni llegar á ser libre concibiera.

Y aunque de mis apriscos yo sacaba
 Víctimas mil del uno al otro Enero,
 Que á la ingrata ciudad siempre llevaba,

Y queso en cantidad cual el primero,
 Jamás de vuelta para mi majada
 Traje las manos llenas de dinero.

MELIBEO.

Por eso yo admiré verte angustiada,
 ¡Oh Amarilis! y para quién pendiente
 La fruta estaba en tu jardín guardada.

Títiro tu querido estaba ausente:
 ¡Oh Títiro! y tu vuelta la pradera
 Demandaba y el bosque y pino y fuente.

TITIRO.

Y yo, ¿qué hacerme? Ni posible me era
De esclavitud salir, ni tan propicios
Los dioses sino en Roma hallar pudiera.

Allí ví al César: por sus beneficios
Humean mis altares cada año
Doce veces en gratos sacrificios.

Le expuse allí mi mal y acerbo daño,
Y respondiome con propicio acento:
«Tus toros doma: páce tu rebaño.»

MELIBEO.

¡Anciano venturoso! ¡Qué contento
Será el tuyo, si quedas en tus prados,
Que son bastantes para tu sustento;

Aun cuando estén de guijas rodeados,
Y aunque tus pastos cubra muy frecuente
La laguna con juncos cenagados!

Tu ganado guiarás do no apaciente
En praderas que son desconocidas,
Y á las preñadas dañan fácilmente.

Ni de la grey vecina tus paridas
Temerán el achaque contagioso,
Que de él, por tí, veránse precavidas.

Tú, do has nacido, anciano venturoso,
Cabe estos rios y sagrada fuente
Respirarás un aire fresco, umbrroso.

Las abejas, que continuamente
De estos sauces aquí liban las flores,
Te adormirán zumbando blandamente.

El podador alegre sus amores,
Bajo estas altas rocas entonando,

Aquí difundirá con sus clamores:
Mientras que tus palomas arrullando
Tampoco cesarán, ni sus lamentos
La tórtola en el olmo deplorando.

TITIRO.

Antes será que por los raudos vientos
Los veloces venados apacienten,
Confundiéndose así los elementos;

Y que los mares de su seno ahuyenten
Los peces á los bosques africanos,
Y de su ardiente arena se alimenten:

Antes será que beban los lejanos
Partos del Rhin, trocadas las regiones,
Y del undoso Tigris los Germanos,
Que yo jamás me olvide de sus dones,
Y del César benéfico y potente
Se borren de mi pecho las facciones.

MELIBEO.

Mas nosotros, lanzados crudamente
De nuestros campos, al feroz Escita
Iremos y otros á la Libia ardiente.

Quién al rápido Armiro su cuita
Irá á contar, y quién á do el Britano
Del mundo casi separado habita.

¡Y qué! ¿cierto ha de ser que mi tirano
Destino á no ver nunca me condena
Mi pobre albergue alzado por mi mano?

¿No he de tornar á ver á questa tierra
(Mis dominios), despues de algunos años,
Que mis amores y mi dicha encierra?

¿Unos soldados, de mi patria extraños.

Habrán de poseer estos novales,
Do invertí mi sudor por tantos años?

Mirad ora, pastores, cuán fatales
Frutos de la discordia hemos logrado:
Contemplad, si pudiereis, vuestros males.

¿Para aquesto mis campos he plantado?
¡Pon á cordel tu viña, Melibeo!
¡Injerta los perales con cuidado!

Id, mis cabrillas, id, que mi recreo
Erais un tiempo. Ya desde este dia
Nos os llevaré á pastar por el rodeo.

Ni tendido en la verde gruta mia,
Colgando de peñascos eminentes,
A veros volveré, como solía.

No el citiso ni sauce florecientes
A pacer volveréis bajo mi mando,
Ni escucharéis mis versos elocuentes.

TITIRO.

Quédate aquí esta noche descansando;
Castañas, queso y peros olorosos
Tenemos pues, y un lecho verde y blando.

Ya el humo se divisa en los fogosos
Caseros. Las sombras, descendiendo
De los montes á pasos presurosos,
De oscuridad el mundo van cubriendo.

ÉGLOGA SEGUNDA.

GALATEA.

Se abrasaba en amor por Galatea
El pastor Coridon, zagala hermosa,
En quien su amado dueño se recrea;
Y ya sin esperanza
De que á su ardiente amor correspondiera,
A los desiertos montes se salia,
Y en la verde espesura,
Tristísima y sombría,
Con esfuerzo impotente
Su dolor lamentaba y desventura,
Eparciendo estos versos discordados
Por los montes y valles y collados.
¡Oh cruel Galatea y despiadada,
De mí tan deseada!
¿Por qué, ingrata, te alejas,
Mis versos amorosos despreciando,
Y perecer me dejas

En este mal que el alma va acabando?
 Ora, que los ganados desmarridos
 Buscan la sombra, huyendo el sol ardiente
 Con afan impaciente,
 Y el lagarto verdoso
 En el zarzal encuentra su reposo.
 Ora, cuando Testilis cuidadosa
 El ajo está majando
 Y sérpól olorosos,
 La rústica comida preparando
 Para los fatigados segadores,
 Rendidos ya del sol á los rigores;
 Mi voz tan solamente
 Y el ronco resonar de la cigarra
 Se escucha en la floresta,
 Miéntras te sigò en medio de la siesta.

¿No fué bastante á la desdicha mia
 De Amarílis sufrir la altanería,
 Sus iras y crueza,
 Y sus fríos desdenes y entereza?
 ¿Estás acaso, dime, envanecida,
 Porque aquell'a es morena,
 Y tú eres blanca como la azucena?
 No fuerdes tú, zagala hermosa:
 El purpúreo jaspado
 Se procura en la capria,
 La alba flor del alhendado desprecia.
 ¿Por qué, dí, me desdenas tan esquiva,
 Y conoche al ménos no procuras?
 Ni siquiera me curas
 De saber si soy rico;

Quando en ganados mi riqueza es tanta,
 Que en eso otro pastor no me adelanta.
 Mil cabezas, que en todos tiempos pacen
 Por los campos frondosos
 De la Sicilia en pastos abundosos,
 Son mias; y continuo
 De nueva leche abunda mi majada,
 De queso y de cuajada,
 En el Enero frio,
 Y cuando abrasa el sol en el estío.
 Mis cantos armoniosos
 Embelesan á todos los pastores,
 Que no son inferiores
 A los que acostumbraba
 El Aracinto oír, cuando tocaba
 El tebano Anfion. Ni soy tan feo,
 Que no hace mucho me miré en las ondas
 Del sosegado mar, y no temiera,
 Siendo tú quien juzgaras,
 Que con Dafnis á mí me compararas.
 Si tal es mi figura
 Cual la ví retratada en la onda pura.
 ¡Oh si vinieses á habitar conmigo!
 Estas humildes crotzas y estos
 De tí tan despreciados!
 En la caza los ciervos perseguiré,
 Y los tiernos cabritos
 Al verde malvavisco conduciendo,
 Conmigo aquí cantarás,
 Y al dios Pan imitarás.
 A Pan, que fué el primero

Qué halló el modo y manera
De juntar en su flauta varios sonos,
Uniendo diestramente
Muchas cañas con cera.

A Pan, dios tutelar, cuyos cuidados
Conservan á pastores y ganados.

Tengo una flauta hermosa
De siete canutillos desiguales,
Que Dametas con arte primorosa
Para sí la compuso, y ya muriendo
Me la donó, diciendo:

«No otro alguno que tú merecería
«Sucederme en la dulce flauta mía;»
De lo que el necio Amintas envidioso
Quedará muy quejoso.

Y guardo para ti dos cervatillos,
Que aún de blanco la piel tienen manchada,
Y en un repuesto valle descarriados
Por caso me topara,

Que iban á ser de lobos devorados.

Entrambas á dos tetas cada día

Le agotan á la oveja que los cria;

Y Testilio há tiempo que procura
Llevarse el fin lo hará; pues veo

Que tú á mi amor no aspiras,

Y con desprecio mis regalos miras.

Vén, Galatea hermosa,

Vén á morar conmigo en estos prados,

Do de muchos lirios olorosos

Las Ninfas te tienen preparados

Canastillos preciosos.

La blanca Nais, de complacerte ansiosa,
Se adelanta á tu paso, y te presenta
Un lindo ramillete primoroso,
De mil flores vistoso.

Mira cuál va cortando
Violetas, y juntando
De las adormideras los pimpollos,
Con el narciso blanco y encarnado,
Y la flor del aneldo
Con el tierno jacinto amoratado.

Ni tampoco se olvida
Del cantueso fragante,
Ni del dorado girasol brillante.

Y yo, melocotones escogidos,
De tierna pelusilla revestidos,
He de darte, y castañas sazonadas,
Que de Amarilis eran muy amadas:

La ciruela sabrosa
Digna será de Galatea hermosa,
Tambien la cogeré, y laurel y mirto,
Porque mezclados con diversas flores
Exhalarán suavísimos olores.

Reconoce, pastor desacordado,
Que tus dones desprecia Galatea;
Y aún cuando así no sea,
Tu rival nunca consentirlo puede,
Porque, si á dones va, Yola te excede.

¡Ay de mí desdichado!

¡En vano he trabajado!

Así como el que esparce
Bellas flores al viento,

O intenta conducir los jabalíes
 A beber en el líquido elemento.
 ¿Por qué los campos huyes, insensata?
 Aquí los dioses y el troyano Páris
 Tuvieron mansion grata:
 Pálas ame habitar en las ciudades
 Que enseñó á construir; pero nosotros
 Las selvas siempre amemos,
 Do reina paz durable,
 Y en sosiego se vive inalterable.

Cual la fiera leona al lobo sigue;
 Como el lobo persigue
 A la cabra inocente,
 Y la cabra al citiso floreciente;
 Yo te sigo do quier, oh Galatea,
 Y cada cual aquello que desea.
 Ya hácia el establo los novillos tornan
 Perezosos y uncidos,
 Los arados del yugo suspendidos:
 Ya el sol hácia el ocaso declinando
 De los montes las sombras va aumentando;
 Y á mí me abrasa amor. ¿Quién ha intentado
 Enfrenar un amor apasionado?

¡Coridon! ¡Coridon! ¿A dó te arrastra
 Tu extremada locura,
 Que á ella sola entregado,
 Tus quehaceres, pastor, has olvidado?
 La vid frondosa, que del olmo asida
 Con regalado fruto te convida,
 A medio podar tienes:
 Ni como otros zagales te entretienes

En tejer cestos y otros muebles varios,
 Para el uso comun tan necesarios.
 ¡Vuelve en tí, Coridon! que Galatea
 No importa te desprecie;
 Otra hallarás que de tu amor se precie.

ÉGLOGA TERCERA.

MENALCAS, DAMETAS, PALEMON.

MENALCAS.

Dime, Dametas, ¿cúyo ese ganado?
¿No es el de Melibeo?

DAMETAS.

No: que á empeño
De Egon há poco en guarda lo he tomado

MENALCAS.

¡Oh rebaño infeliz! Como sin dueño.
Miéntras él á Nerea está obsequiando,
Temiendo verme de ella preferido,
Tú, las madres dos veces ordeñando
En un hora, las crias has perdido.

DAMETAS.

¡Cómo tales injurias! ¡Tal arrojó!
Tú, que en la gruta...! Sé los que te vieron
Los machos te miraban de reojo,
Las Ninfas del mal hecho se rieron.

MENALCAS

¡Calla! ¿Seguramente eso sería

Cuando me sorprendiste descopando
De Micon la arboleda el otro día,
Y su tierno majuelo destrozando?

DAMETAS.

¿Y tú, el arco y las flechas que habian dado
A Dafnis, de envidioso no rompieras
Bajo estas mismas hayas? dí? malvado:
Y si no le dañaras, te murieras.

MENALCAS.

¿Qué hay que esperar de Egon, si tal sirviente
Mantiene como tú; ladron y osado!
¿No te ví de Damon ocultamente
Ir á hurtar el cabestro del ganado?
¿Dó aquel se oculta? ¡Alerta estad, pastores!
Grité; pues de Licisca despreciaste
Los ladridos, y huyendo á mis clamores,
Tras de los carrizales te ocultaste.

DAMETAS.

¿Y el cabestro tú piensas que no es mio?
Se lo he ganado, y no lo contradice,
Cantando ambos á dos en desafio;
Y que no puede darlo, ora me dice.

MENALCAS.

¿Qué! ¿tú á Damon cantando le has vencido?
¿Tú, acaso tienes flauta, dí, ignorante,
Por las encrucijadas engreido
En resonar tu pito rechinante?

DAMETAS.

¿Quieres tú que probemos alternando,
Y esta novilla por mi parte apuesto,
Cuál de los dos se vence aquí cantando?

Si al combate te atreves, dilo presto.
La novilla la pongo con su cria;
Y aunque da de mamar á dos terneras,
Se la ordeña dos veces cada día.
Tú, Menalcas, apuesta lo que quieras.

MENALCAS.

Del rebaño tambien yo apostaria,
Si á mi padre y madrastra no temiera:
Dos veces me lo cuentan cada día;
Y ella hasta los cabritos me numera.
Mas, si en locura das tan extremada,
De Alcimedonte un vaso tengo, mio,
Prenda muy á la tuya aventajada,
Y lo pongo por premio al desafio.

En él se ve una vid bien extendida,
Y fácil doblegada á todos lados;
Y con pálida yedra entretejida,
Que tienen los racimos abrazados.

Dos figuras en medio representa:
Una de Conon. La otra... se me olvida.
Es del que describió, segun se cuenta,
Con el compas la tierra conocida.

Y enseñó á los gañanes el primero
El tiempo de sembrar, y el adecuado
Para encerrar la miés en el granero.
Mis labios no tocó, y está guardado.

DAMETAS.

Del mismo Alcimedon tengo esculpi la
Una copa tambien. De suave acanto
El asa al derredor está ceñida.
En medio puso á Orfeo con su canto,

Y los bosques tras él se ven movidos.
Mis labios no tocó, y está guardada.
Dos premios son sin duda apetecidos;
Pero con mi novilla no son nada.

MENALCAS.

Hoy ya no te me escapas; y así toma
El partido que quieras. ¿Quién sentencia?
Mas ve allí á Palemon por dónde asoma.
Yo escarmentar prometo tu insolencia.

DAMETAS.

No huyo jamás; empieza: no te pares.
Y pues la cosa importa, sólo quiero,
Oh Palemon vecino, que compares
Nuestros cantos con tino justiciero.

PALEMON.

Juez imparcial seré. Cantad, pastores,
Sobre esta muelle yerba aquí sentados:
Ora, que el campo brilla con sus flores,
Y reverdecen árboles y prados.

Empieza tú, Dametas, si te place:
Luégo Menalcas seguirá cantando.
Que el coro de las musas se complace,
Si se cantan los versos alternando.

DAMETAS.

Mi humilde musa á Júpiter se eleva,
Cuyo excelso poder el orbe admira:
Él la tierra fructífera renueva,
Y cuida de los versos que me inspira.

MENALCAS.

A cantar me ha enseñado diestramente
El sacro Apolo, de quien soy querido:

A él consagro en ofrenda reverente
Verde lauro y jacinto enrojecido.

DAMETAS.

Una manzana por detras me tira
La moza juguetona Galatea,
Y huye á los sauces, y al soslayo mira
Y quiere que esconderse yo la vea.

MENALCAS.

Mi Filis, de mí siempre apetecida,
Me busca en todas partes de su grado,
Y de mis canes es más conocida,
Que Delia la zagala del ganado.

DAMETAS.

Un regalo ya tengo prevenido
Para mi amor, y llevarélo presto:
Que sé de cierto el árbol do su nido
Dos palomas torcaces tienen puesto.

MENALCAS.

Diez naranjas maduras, que he cogido
De un naranjo silvestre, he de llevarle
Hoy á mi Filis, que es cuanto he podido;
Y mañana otras diez he de mandarle.

DAMETAS.

De los dioses que habitan en la altura,
¡Oh céfiros! llevad á los oidos
Las palabras tan llenas de ternura
Con que mi amada encanta mis sentidos.

MENALCAS.

¡Oh importa me quieras tiernamente,
No te pierdes acosando
Al que te amo, y yo impaciente

PA6815
B7
H5

Y los bosques tras él se ven movidos.
 Mis labios no tocó, y está guardada.
 Dos premios son sin duda apetecidos;
 Pero con mi novilla no son nada.

MENALCAS.

Hoy ya no te me escapas; y así toma
 El partido que quieras. ¿Quién sentencia?
 Mas ve allí á Palemon por dónde asoma.
 Yo escarmentar prometo tu insolencia.

DAMETAS.

No huyo jamás: empieza: no te pares,
 Y pues la cosa importa, sólo quiero,
 Oh Palemon vecino, que compares
 Nuestros cantos con tino justiciero.

PALEMON.

Juez imparcial seré. Cantad, pastores,
 Sobre esta muelle yerba aquí sentados:
 Ora, que el campo brilla con sus flores,
 Y reverdecen árboles y prados.

Empieza tú, Dametas, si te place:
 Luégo Menalcas seguirá cantando.
 Que el coro de las musas se complace,
 Si se cantan los versos alternando.

DAMETAS.

Mi humilde musa á Júpiter se eleva,
 Cuyo excelso poder el orbe admira:
 Él la tierra fructífera renueva,
 Y cuida de los versos que me inspira.

MENALCAS.

A cantar me ha enseñado diestramente
 El sacro Apolo, de quien soy querido:

A él consagro en ofrenda reverente
 Verde lauro y jacinto enrojecido.

DAMETAS.

Una manzana por detras me tira
 La moza juguetona Galatea,
 Y huye á los sauces, y al soslayo mira
 Y quiere que esconderse yo la vea.

MENALCAS.

Mi Filis, de mí siempre apetecida,
 Me busca en todas partes de su grado,
 Y de mis canes es más conocida,
 Que Delia la zagala del ganado.

DAMETAS.

Un regalo ya tengo prevenido
 Para mi amor, y llevarélo presto:
 Que sé de cierto el árbol do su nido
 Dos palomas torcaces tienen puesto.

MENALCAS.

Diez naranjas maduras, que he cogido
 De un naranjo silvestre, he de llevarle
 Hoy á mi Filis, que es cuanto he podido;
 Y mañana otras diez he de mandarle.

DAMETAS.

De los dioses que habitan en la altura,
 ¡Oh céfiros! llevad á los oídos
 Las palabras tan llenas de ternura
 Con que mi amada encanta mis sentidos.

MENALCAS.

¿Qué me importa me quieras tiernamente,
 Si en la caza te pierdes acosando
 Al jabalí cerdoso, y yo impaciente

Las redes quedo, oh Filis, custodiando

DAMETAS.

Mi natal es hoy, Yola. Tú propicio
A Fílida conmigo has de mandarme:
Cuando de la becerra el sacrificio
Por la miés haga, ven á acompañarme.

MENALCAS.

Yo la prefiero á todas, que al partirme
Inundó en llanto el rostro placentero.
Y tú lo viste, Yola, al despedirme,
Cuán repetido fué su adios postrero.

DAMETAS.

Siempre funesto el lobo es al ganado,
Al árbol en su flor el fuerte viento,
A la madura miés granizo airado:
Yo el rigor de Amarilis sólo siento.

MENALCAS.

Cual al dulce rocío los sembrados;
Cual las cabras al sauce florecido;
Y al madroño los chivos destetados,
Tal amo á Fili; y soy correspondido.

DAMETAS.

En mis rústicos versos se recrea
El cónsul Polion. ¡Oh musa mia!
De tu ilustre lector el premio sea
Esta novilla, y en su amparo fia.

MENALCAS.

El cónsul, como yo, las musas ama,
Salvadme para él del lobo fiero
Este toro, que embiste, y cuando brama
El polvo con sus piés alza ligero.

DAMETAS.

¡Oh Polion! Quien te ame y se complazca
En tu suerte, se mire así elevado:
El suave amomo en el zarzal le nazca,
Y do quiera el placer vaya á su lado.

MENALCAS.

Ame de Mevio el verso desabrido
Quien de Bavio no odia la poesía;
Las raposas ayunte en el ejido,
Y ordeñe los jabatos á porfia.

DAMETAS.

Quando flores y fresas delicadas
Buscáis, zagales, por el prado ameno,
Guardaos; que so la yerba solapadas
Ocultan las culebras su veneno.

MENALCAS.

Contened, oh zagales, el ganado,
Que no es nada segura la ribera:
Este morueco todo se ha mojado,
Y por poco del vado no saliera.

DAMETAS.

Las cabrillas que pacen junto al rio,
¡Oh Títiro! retira prontamente;
Luégo que en medio el dia temple el frio,
Todas iré á lavarlas á la fuente.

MENALCAS.

Recoged los retños, no suceda
Que la leche segunda vez perdamos;
Pues si el fuerte calor la pone aceda,
En vano las ovejas ordeñamos.

DAMETAS.

¡Qué maganto mi toro y mal traído,
Que está en el fértil y abundoso prado!
El mismo amor que así lo ha consumido,
A su pobre pastor ha maltratado.

MENALCAS.

El amor no conocen mis corderos,
Y en los huesos están de extenuados:
Yo no sé quién con ojos traicioneros,
Para mi mal, los tiene fascinados.

DAMETAS.

Adivíname dónde, y ciertamente
Cual Apolo por mí serás tenido,
A tres codos de espacio solamente
El cielo ven los ojos reducido.

MENALCAS.

Adivíname dónde, y los favores
Tan solo tú de Filida recojas,
Con los nombres de reyes nacen flores,
Cual si fuesen escritos en sus hojas.

PALEMON.

Para tal decision no hay en mí ciencia.
Tú del premio eres digno, y tú igualmente;
Y el que de amor evite la influencia,
Como el que su rigor experimente.
Cesad ya vuestro canto melodioso,
Que aun el mismo placer pide reposo.

ÉGLOGA CUARTA.

MARCELO.

Cantemos ora, oh musas sicilianas!
En acentos más nobles y elevados,
Que no siempre el cantar de las lozanas
Flores complace y los humildes prados;
Y aunque tambien las selvas celebremos,
Que del Cónsul sean dignas procuremos.

La postrimera edad ya está cumplida,
Que anunció la Sibila á los humanos.
Largos siglos de paz no interrumpida
A los tiempos se avanzan más lejanos.
Renuévase la tierra, que regida
Vuelve á ser de los dioses soberanos:
Y de la altura un pueblo esclarecido
Baja á habitar el mundo corrompido.

Mas tú, casta Lucina, favorece
Del infante precioso el nacimiento,
Por quien la edad de hierro desaparece,
Y vuelve á verse de oro el opulento